

Gómez-Pablos, Beatriz

[Zamora Vicente, Alonso. *La Real Academia Española*]

*Études romanes de Brno*. 2017, vol. 38, iss. 2, pp. 229-230

ISSN 1803-7399 (print); ISSN 2336-4416 (online)

Stable URL (DOI): <https://doi.org/10.5817/ERB2017-2-15>

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/137179>

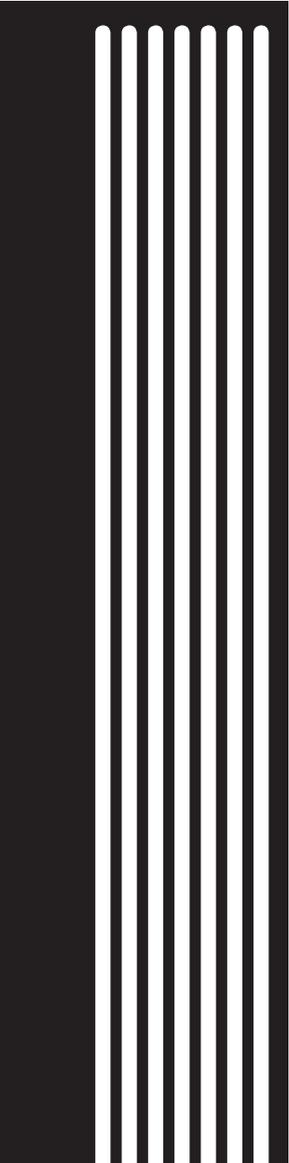
Access Date: 16. 02. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.



# COMPTES RENDUS





## Historia de la Real Academia Española

Madrid, Fundación María Cristina Masaveu Peterson 2015, 649 p.

BEATRIZ GÓMEZ-PABLOS [gomezpablos@fedu.uniba.sk]

Univerzita Komenského, Eslovaquia

DOI: 10.5817/ERB2017-2-15

Con motivo del Tercer Centenario de la fundación de la Real Academia Española de la Lengua, se publicaron tres importantes obras. La primera, *La Real Academia Española. Vida e Historia* (2014), de Víctor García de la Concha, director de la Institución entre 1998 y 2010; la segunda, *La Real Academia Española en su primer siglo* (2014), de Fernando González Ollé, catedrático de Historia de la lengua española y académico correspondiente; y, por último, la obra que reseñamos. Se trata de un libro que llevaba varios años agotado y que felizmente sale de nuevo a la luz en su segunda edición: la *Historia de la Real Academia Española* (2015), de Alonso Zamora Vicente, secretario perpetuo de la Academia. Las tres constituyen tres pilares imprescindibles para conocer la labor de la corporación madrileña.

Como explica el actual director, Darío Villanueva, en la brevísima introducción, “la doble oportunidad sobrevenida, efeméride y edición agotada, da pie a esta nueva, que incorpora a la ya conocida, materiales de archivo del autor que tal parecen destinados a esta iniciativa, así como las aconsejables actualizaciones y nuevos capítulos entre los que cabe señalar el de «La Academia hoy»” (p. 9). No se trata, por tanto, de una simple reedición, sino de una edición ampliada y actualizada.

Zamora Vicente comienza su libro dando algunas pinceladas sobre los antecedentes de la RAE. Como explica el autor, las academias bulleron copiosamente en Italia a lo largo del siglo XVI y de ahí pasó la moda a España donde también proliferaron, y a Francia, donde no faltaron los salones literarios. A continuación nuestro académico narra los primeros pasos de la Institución: decisión de don Juan Manuel Fernández Pacheco de fundar una academia, primeras reuniones, solicitud de patrocinio real, nombramiento del director, etc. Sigue una

descripción comentada de los estatutos, desde su primera versión hasta la última de finales del siglo XX y un capítulo sobre los locales de la academia. En los primeros años las reuniones tendrán lugar en el palacio del marqués, más tarde en la Casa del Tesoro y otras estancias cedidas para las sesiones, hasta llegar al actual palacio de la calle Felipe IV.

De mayor extensión son los capítulos siguientes, dedicados a los académicos que ocuparon las sillas de las letras mayúsculas en el siglo XVIII y en los siglos XIX y XX. Zamora Vicente comienza por orden alfabético y describe las biografías de los diversos personajes. Desde aspectos más “formales” como las fechas de nombramiento y defunción, la ocupación profesional, la actividad literaria, su colaboración en la Academia, etc.; hasta aspectos de tipo anecdótico y más personal. Esto último y la excelente pluma del autor, hace que las páginas se lean con agilidad. De los cientos de académicos en una historia que abarca ya tres siglos, es lógico que algunos sean más conocidos y que de otros se sepa más bien poco. Aun así, Zamora Vicente ha sabido espigar la información a partir de diversas fuentes y ofrecer un cuadro completísimo. El historiador de la Academia se ha documentado concienzudamente y prueba de ello es el aparato de citas que sigue a cada uno de los capítulos.

En 1847, Isabel II firma un decreto por el cual aumenta el número de los académicos hasta treinta y seis. La cifra originaria de veinticuatro plazas de 1715, pasará en años posteriores a cuarenta y seis por la ampliación de sillas con letras minúsculas. Por eso, nuestro autor dedica también un capítulo a los ocupantes de las letras minúsculas, llena de grandes nombres como Pío Baroja, Ramón Menéndez Pidal (“figura máxima de la filología española” p. 262), el duque de Rivas, Cánovas del Castillo,



José María Pereda, Dámaso Alonso, Mesonero Romanos, José Echegaray, Menéndez y Pelayo, Jacinto Benavente, Miguel Delibes, Laín Entralgo, Rafael Lapesa, Míngote y otros muchos eminentes filólogos, escritores, políticos, historiadores, etc.

Zamora Vicente destaca a continuación algunos académicos regionales y dedica varios párrafos a la sección catalana, gallega y vasca. En el capítulo siguiente, “Algunos se quedaron en el umbral”, nos habla de los miembros supernumerarios, honorarios, correspondientes (tanto españoles como extranjeros; estos últimos a través de un recorrido geográfico por países) y nuevos académicos honorarios, título en el que no abundan los nombres.

No podía faltar la mención a las Academias hispanoamericanas, a su fundación, al primer congreso de las academias realizado en México y a la Asociación en la que participan todas ellas. “Las Academias correspondientes han pasado ya a integrarse en la historia. Prueba de ellos son los centenarios que ya han podido celebrar algunas de ellas” (p. 367).

El autor pasa a describir las publicaciones de la tricentenaria Institución: diccionarios, ortografías, gramáticas, ediciones de clásicos de la literatura española (algunos en versión facsímil), el Boletín. En este capítulo menciona también los premios otorgados a lo largo de los siglos, que hace algo más de una década se fusionaron en uno solo: el Premio Fundación Real Academia Española.

La biblioteca, fruto de diferentes legados de académicos y de compras importantes que comienzan en los albores de su historia, forma parte de la Academia y por ello merece también un capítulo. El volumen de la biblioteca fue aumentando con el pasar de los años, gracias a donativos y múltiples adquisiciones (por ejemplo, la de los libros de Gonzalo Machado en 1733 y los de Squarzafigo, primer secretario, en 1737).

Con un estilo muy ameno pasa Zamora Vicente a cuestiones que podríamos llamar cotidianas. Se trata de los capítulos “Eco en la calle de vez en cuando...” y “También hubo días aciagos”, donde el autor habla de la recepción pública de los nuevos académicos, conmemoraciones, homenajes, la

celebración anual del aniversario de la muerte de Cervantes, la Asociación de Amigos de la RAE, el impacto de ciertos acontecimientos en la vida de la Academia (expulsión de los jesuitas, invasión napoleónica, guerra civil española...), etc.

De nuevo volvemos a los miembros de la corporación con dos interesantes capítulos: “El rostro de los académicos” (sobre retratos y estatuas) y “Las mujeres en la Academia” (la primera María Isidra de Guzmán y la Cerda). Este último está lleno de chascarrillos sobre algunas de las candidatas (por ejemplo, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Pardo Bazán o Blanca de los Ríos).

En “La voz hostil a la Academia” encontramos diversos episodios de oposición que jalonan la historia de la Academia. No podían faltar las voces críticas... y no han faltado nunca. “Un museo excepcional” departe sobre la casa donde vivió y murió Lope de Vega, museo al cuidado de la Institución. En “El futuro, esa incertidumbre”, nuestro autor trata sobre los retos a que se enfrenta la Academia y su tarea en los próximos años y apunta: “es obligación nuestra la de poblar ese territorio común con una lengua ejemplar. Sin conceder gran importancia a los alaridos de la moda, las vacilaciones momentáneas o los desajustes pasajeros, hemos de contrarrestarlos con permanente creación, alcanzar cotas cada días más altas en ciencia, arte, pensamiento, que, al ser creadas en español, dilatarán gozosamente la herencia común” (p. 532).

Probablemente el capítulo más difícil de resumir sea el último, “La Academia hoy”, pues contiene abundante información. Desde que Zamora Vicente concluyera su trabajo hasta ahora han pasado casi veinte años y son muchas las novedades: nuevos estatutos, obras de rehabilitación del edificio, pérdida de algunos académicos, publicaciones, recursos informáticos (creación de bases de datos, digitalizaciones, etc.), biblioteca, y un largo etcétera que se comenta ahí.

Cierran la obra una rica bibliografía y un práctico índice onomástico. No podemos dejar de mencionar las imágenes que embellecen el libro y el cuidado que se ha prestado en la publicación. A todos nos queda agradecer esta nueva edición.